

EL ESTUDIANTE.

PERIODICO QUINCENAL.

ORGANO DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA "LOS ESTUDIANTES."

ADMINISTRACIÓN, 8ª Avenida, Oeste, 145.	San José, 1º de Diciembre de 1903.	CORREO. Apartado, número 487.
--	------------------------------------	----------------------------------

EDITOR RESPONSABLE,

La Sociedad.

ADMINISTRADORES:

Francisco A. Segreda. Antonio Arroyo A.

COMISIÓN REDACTORA:

Enrique Iglesias. Francisco J. Faerron.
Teodoro Quirós.

Agente en Cartago—Luis Iglesias.
" en Heredia—José J. Chaverri.
" en Alajuela—Marco Tulio Mora.
" en Liberia—Sixto Rovira h.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Trimestre adelantado \$ 0-50.
Número suelto \$ 0-10. Número atrasado \$ 0-25.

EL ESTUDIANTE.

LOIN DU BAL.

(A Gerardo Hernández.)

La *Villa Margueritte* rodeada de lindos bosquecillos ingleses, que con sus fuentes de mármol, sus estatuas artísticas, representando las diosas de la mitología griega entre grutas de coral y estalácticas artificiales, con sus estanques de ondas azules y sus rosetas de flores, hacía el encanto no sólo de sus felices moradores, sino de cuantos tenían la dicha de estar relacionados con sus aristocráticos dueños.

Situado en las inmediaciones del bosque de la *Cambre* de Bruselas, era el punto de reunión del mundo elegante de

esa ciudad, que es por muchos conceptos un pequeño París.

Mayo con su cortejo de flores, sus brisas perfumadas, sus tardes cálidas y sus noches de luna, despertó mi alma del letargo en que yacía, invitándola á saborear la vida, con toda esa pasión que se siente cuando apenas se cuentan veinticinco primaveras.

En tal situación se hallaba mi ánimo, cuando recibí una tarjeta, en la que mi amigo d' Angelet me invitaba para un baile en su mansión de la *Villa Margueritte*,

Un magnífico ^{**} landó, tirado por un soberbio tronco de yeguas inglesas *pur sang*, me condujo en compañía de otros convidados á casa de mi amigo.

La *Villa* estaba arreglada esa noche con esa elegancia y buen gusto innatos, de los que han nacido entre cojines de seda y se han lavado tan sólo en vajillas de plata.

Farolillos chinescos de diferentes formas y colores adornaban las terrazas y árboles del jardín. Las fuentes luminosas, con sus cambiantes de aguas irisadas, nos trasportaban á las regiones encantadas del Oriente, allá donde se pasa la vida entre bayaderas que bailan, enloqueciendo el alma con sus vertiginosos giros; entre perfumes de Chipre que embriagan los sentidos, y entre divanes turcos, que como nidos de amor, invitan á soñar con peregrinas bellezas.

Bajo unos tilos y á la orilla de un lago azul en donde se deslizaban blancos

cisnes por entre, nenúfares amarillos empujábanse juguetonas ondas amorosas que venían á morir á mis pies, cantaba un ruiseñor.

El salón del baile, adornado de espejos venecianos, jarrones de Sévres y Sajonia, cuadros al óleo de pintores franceses y belgas, pinturas en porcelana y marfil demostraban no sólo la opulencia, sino también el buen gusto de la familia d' Angelet.

Las gasas blancas, las muselinas color lila y el *frou frou* de la aristocrática seda habíanse dado galante cita en aquel recinto, que rebozaba cuajado de tantas y tan bonitas jóvenes.

El Chypre, las Violetas de Parma, la Pean d' Espagne y demás perfumes que esparcidos por doquier se aspiraban trastornando nuestros sentidos, indicaba el gusto exquisito de sus bellas portadoras.

Las había de blandas trenzas de color de oro, que sumergían nuestras almas soñadoras en las regiones de lo ideal.....

Las había de ojos azules, en cuyas miradas límpidas se veía como en espejo mágico, retratarse el fondo de su corazón..... y un suspiro involuntario levantaba nuestro pecho pensando en la ventura sin fin, que gozaríamos si una de ellas nos tocara de compañera.

Las había también de ojos negros y miradas de fuego, que con su piel pálida, nos hacían recordar las mujeres de Oriente, tan celebradas por su belleza.

De sus trenzas de ébano fabrica Cupidillo sus más certeras flechas, y al contacto de sus bucles pasan por nuestro sér corrientes eléctricas, que nos inundan de indecibles anhelos.

La mirada de unos ojos negros que yo conocí en ese baile, me hipnotizó... y me persigue aún entre las sombras de la noche para arrebatarme el sueño.

Bendita sea!

Desde la terraza donde me encontraba, pensativo y solo, veía pasar como á una diosa radiante de felicidad, á Adelia d' Angelet, que era una rubia de ojos azules, espiritual como ninguna y que era el encanto de cuantos la trataban.

Era toda poesía y bondad, pues poseía un corazoncito de oro. En cambio su amiga Rosa, que era una morena de cutis

de azalía con unos ojos negros sombreados de largas y sedosas pestañas, y que con sus labios de coral, su boca diminuta, traían á nuestra mente á la andaluza de apasionado corazón: solo que se hacía ridícula con humos aristocráticos, y le gustaba mucho ser admirada de todos.

Hasta mí llegaban los acordes rítmicos de la orquesta, acompasados y lentos como en la mazurka, ó bien llenos de fuego y voluptuosidad febril como en el valse, que sumerjieron mi espíritu en éxtasis divino de amor.

No baila! me dijo una voz dulce y cariñosa de mujer, que vino á despertarme del ensueño en que me hallaba.

Era ella, Adelia d' Angelet, la rubia encantadora á quien desde algún tiempo amaba en silencio.

Yo nada respondí. Tan sólo un suspiro delator, salió de mi pecho.

—*¿Qué tiene?* me dijo con voz tierna y apasionada á la vez, *creía á Ud. más franco y buen amigo.*

—Desea Ud saber la causa de mi tristeza; y aunque tengo miedo de contarle mis pesares, debo decírselo al fin..... *Je vous aime!*

—*Vous m' aimez!* exclamó fijando en mí sus ojos azules de gacela tímida, y cuya mirada investigadora me llenaba de dicha..... Después apoyó su cabecita blonda entre sus manos perfumadas, escapándose de entre su pecho un suspiro.

Del lago se levantaba una niebla blanquecina, y en el aire vibraban ignotas melodías de músicas divinas que arrebataron nuestras almas para llevárselas á las regiones diáfanas de lo azul.....

En tanto que de las nieblas del lago surgió en forma de mujer, una visión alada, de cuya lira de cuerdas de oro brotaban raudales de armonías, y de su garganta divina, salió una voz melodiosa; cantaba la canción del amor:

Era la esperanza.

Una voz tan imperceptible, como el susurrar de la brisa entre las flores, murmuró á mi oído:

Je t' aime!

JAJALJIT SINGH.

Nov. 26. 93.

ROGELIO.

(Dedicado á los jóvenes Redactores de "La Pluma")

I.

Rogelio era pobre, pues su padre apenas tenía lo necesario para vestirle con decencia y darle una mediana educación. Sus compañeros le colegio le querían mucho y sabían distinguirlo porque reconocían en él una inteligencia clara y prometedora, y porque su lenguaje dulce y expresivo, lo hacía atrayente y simpático.

II.

Dieciocho años contaba apenas, y ya poseía debido al estudio frecuente, algunos conocimientos de literatura; escribía cuentos muy bonitos que los periódicos reproducían prodigándole estimulantes elogios.

III.

Amaba á Julia, la hija de un entendido General, y aunque ella le correspondía, sus padres le miraban con cierta indiferencia repulsiva.

Julia era fresca como la aurora y pura como la esencia del lirio; sus ojos negros orlados por pestañas crespas, lucían cejas arqueadas y brillantes, como finísima seda negra, que unían sus extremos en el nacimiento de una nariz de perfil griego, terminada en ventanas rosadas y transparentes. Su boca diminuta era un nido de sonrisas que al despertarse corrían jugueteando por las mejillas, refugiándose en dos hoyuelos primorosos, como esas conchitas de púrpura que las olas arrojan sobre la playa. Su alma no era menos pura que la mirada de sus ojos, ni la nieve de su garganta, y como la vestal, mantenía el juego sagrado de su amor en un corazón tierno y sensible.

IV.

Rogelio no se desanimó por la indiferencia fría con que lo miraban los padres de Julia y aprovechando oportunidades que ella misma le ofrecía, la hablaba de su pasión con esa elocuencia poética del alma que vibra á los impulsos dulcísimos del amor.

Ella escuchaba bañándolo con una mirada de esas que llegan á el alma, enmudecen la lengua, embriagan, ciegan, arran-

can un suspiro profundo y acercan los labios hasta que se encuentran.

V.

Tres años habían presenciado estos idílicos amores, cuando vino á interrumpirlos un suceso de trascendencia nacional: la epopeya de 1856.

VI.

Hay épocas en la historia de los pueblos que deben recordarse con veneración; épocas de gloria, en que brillan hechos de abnegación divina y de sublime patriotismo, con que los pueblos libres inmortalizan su nombre y laurean su historia. El de Costa Rica es un pueblo vigoroso y libre, cuya sola historia basta para que lo respeten y admiren.

Cuando se tuvo noticia de la invasión del filibustero Walker en el territorio de Costa Rica, sus hijos abandonaron el arado para tomar el rifle, y trocaron con gusto la paz y tranquilidad del hogar, por el fragor horripilante del combate y las dulces emociones de la vida campestre y familiar, por los rudos dolores de la guerra. La patria estaba amenazada y era preciso defenderla.

VII.

Los batallones principiaron á salir en medio del clamoreo de las multitudes, que ebrias de entusiasmo, vitoreaban la República y amenazaban con los puños hacia la frontera del Norte.

VIII.

A pesar de la brillante victoria alcanzada en Santa Rosa, los patriotas vencedores pidieron refuerzos para reponer las pérdidas, y recobrase de las fatigas de la lucha.

Debido á la premura del tiempo se armó una columna compuesta en su mayor parte de jóvenes en los que figuraban, Rogelio y varios estudiantes, que saldría al mando del padre de Julia.

Rogelio no pudo ver á su amada aquella tarde. Al día siguiente muy de mañana tenían que marcharse, y en el cuartel había orden de no dejarlos salir pasadas la seis.....

La noche le pareció muy larga, mil

ideas se sucedían sin interrupción en su cerebro: abandonar á Julia....quizá para siempre....irse sin decirle adiós, sin estrecharla entre sus brazos, sin llevar en su alma el reflejo límpido de su última mirada, sin sellar sus labios con el ósculo tierno del postrer adiós.

Oh esto es muy cruel, decía, oprimiéndose la frente y agitando la cabeza en la almohada.

IX.

A la seis de la mañana se puso en movimiento aquel simpático ejército, en medio de las ayes de las madres que no querían abandonar á sus hijos. Rogelio algo pálido marchaba muy sereno con su rifle al hombro, pero á través de esa serenidad podía leerse la angustia y el sufrimiento que atormentaba su espíritu.....

Julia por su parte no sufría menos; la idea terrible de una separación eterna, le ahuyentó el sueño cuyo tibio contacto no sintió sobre sus párpados.

Ella también quería verlo y decirle ese adiós tierno, sensible, entre suspiros, lágrimas y besos, conque los amantes se separan, y que nuestra pluma no puede describir.....

Antes de que la aurora extendiera sus alas blancas en el oriente, estuvo en pie; muy pensativa bajó al jardín, cortó unas flores.....y cuando oyó el sonido de los clarines quiso correr á la calle pero las fuerzas la abandonaron y cayó sin sentido sobre una mata de azucenas.....

X.

La lucha fué encarnizada en las calles de Rivas donde los nuestros fueron sorprendidos por el enemigo, pero gracias á su heroico valor, lograron rechazarlo. Pero todavía les quedaba que vencer un obstáculo superior: apoderarse del Mesón, odiosa fortaleza que servía de guarida á los filibusteros para diezmar nuestros ejércitos.

En el primer asalto que dieron nuestros bravos soldados, Rogelio recibió un balazo en el costado izquierdo y cayó junto con un grupo de veteranos y dos compañeros suyos. Sus amigos corrieron á su lado, el General también; él les dirigió una

mirada de agradecimiento, y haciendo un esfuerzo les dijo con palabras entre cortadas: "Decidla que soy feliz porque muero amándola."

El resultado de este asalto no correspondió á los esfuerzos de los nuestros, y fué preciso en vista de tanta víctima sacrificada inútilmente, una muestra grandiosa de patriotismo, que probara la grandeza de alma de los hijos de Costa Rica.

Juan Santa María se ofrece gustoso al solemne sacrificio; coge la tea, corre al Mesón, lo incendia y cae acribillado á balazos, pero vencedor y sublime.

XI.

Una vez libre la patria del enemigo, los batallones regresaron, si no llenos de júbilo, satisfechos por el deber cumplido.

En la capital se les hizo un recibimiento brillante; las multitudes llenaban las esquinas de la calle por donde debía pasar el ejército victorioso; madres, esposas, parientes, amantes y amigos, cada cual buscaba los suyos para abrazarlos, mientras lloraban los que los habían perdido.

Julia escudriñaba, buscaba ansiosa entre aquellos rostros desfigurados por las fatigas, uno cuya imagen guardaba en el alma; por fin vió á su padre, corre á su encuentro, lo abraza y mirándolo con los ojos húmedos, le dice, y él? El, repitió el General enjugándose una lágrima, él, hija mía, murió en el campo de batalla como un héroe.

Francisco J. Faerron.

San José Noviembre de 1893.



ORGIA

A mi amigo EMILIO PACHECO.



La sala era espaciosa y adornada con gusto oriental.—Los tapices de damasco, el cielo, de raso azul y por todos lados cuadros.

Había uno de cuerpo entero representando á Safo, medio desnuda, en el momento de llevar á cabo su resolución suprema.—Había otro de Cleopatra. Los demás representaban escenas alegres.

Cuando entré, ya estaban todos reunidos.—Eran las once de la noche. Presentóseme un conjunto casi fantástico, magnífico.—Al rededor de mesitas talladas en mármol de colores, se veían grupos de alegres jóvenes.

Ellas esbeltas, graciosas, voluptuosas, con risas donde palpitaban besos locos y ardientes,—Ellos elegantes, joviales, todos de mala cabeza; pero también generosos, decididos, valientes.

Este cuadro vivo, iluminado profusamente por cien luces puestas en candelabros cincelados de plata; y todo multiplicado por,

“Las lunas venecianas que en el fondo con su luz intensa y pura, damas gentiles de cabello blanco, pálidas niñas de melena oscura”.

Apenas hube llegado me hicieron brindar.—Lo hice por la amistad, las mujeres y la fiesta.

A las tres de la mañana el entusiasmo había llegado á su apogeo.—Ya se oía rumor de besos; y el retintín de las copas que se rompían, el ¡pum! de las botellas de champagne al abrirse y el bullicio de las parejas que bailaban, hacían que la sangre se agolpara al cerebro produciendo torbellino de ideas y deseos.

Sin embargo de todo y á despecho de los amigos, yo estaba triste.—La causa de ello, yo mismo la ignoraba, lo que me hacía murmurar con el poeta:

“Por qué, por qué desde mi abril temprano molesto huésped á mi hogar se sienta, la copa del placer rompe en mi mano y hasta en los brazos del amor me afrenta?”.

Aquellas mujeres que me besaban, aquellos labios “húmedos, frescos, perfumados, suaves” al posarse en los míos, en mi cabeza y en mi frente, aumentaban mi nostalgia y mi hastío y me hacían pensar en lo triste, en lo material de la vida, llenando mi alma de compasión hacia ellas, por el horrible vacío que deben sentir y por lo triste y lo amargo que hay en sus sonrisas de ángeles-demonios.

Amanecía.—Con las últimas sombras de la noche nos retiramos y con los primeros rayos del astro-rey, empezaron de nuevo las risas hipócritas, las risas-dolor

que hay que fingir para engañar y presentarnos decentes, sin temor á burlas, en la escena del mundo.

VULCANO.

Noviembre de 1893.

¡Quince! ¡jamás!

—No, es imposible, no lo puedo creer, Elena es un ángel... es pura como la inocencia... casta como la vestal... ¡Jaime! ¡Jaime!... mientes imbécil, mientes... Así exclamaba Armando, dando paseos por el jardín, que adorna el frente de una poética casita de campo, en la estancia “Las Delicias,” situada á dos leguas de Victoria, primoroso pueblo de Z.....

En uno de sus paseos llegó á la puerta de la verja; consultó su reloj y luego salió del jardín, encaminándose por una alameda al bosque.

Un joven, alto, garboso, de expresión altanera, que seguía con la vista, escondido tras de un árbol los paseos de Armando, salió de su escondite cuando éste hubo desaparecido en la espesura y con una sonrisa fiera impregnada, de maldad y satisfacción, se dirigió á la casa.

Llamó á una puerta angosta que daba paso á las piezas interiores del primer piso y esperó. Una vieja fea y de peor aspecto abrió poniéndose un dedo sobre los labios y dijo en voz muy baja: todo ha salido á pedir de boca, los criados se marcharon, la señora está en su alcoba, aquí tienes la llave.

—Muy bien Juana, repuso el joven, el cándido de tu amo acudió á mi cita y ya debe estar en poder de dos de los míos que aposté en el bosque para el efecto ¡cómo han caído! mi plan es excelente!

—Cuidado, Román, replicó la criada en tono de observación, tú me dijiste que no les harías.....

—No, no temas, respondió Román, con insolente ironía, toma y vete para que no pongas tu pellejo.

—Oh! hasta ahí no llegamos, dijo Juana ó mejor dicho la vieja, acariciando la moneda que habían puesto en sus manos, ya en el camino que conduce al pueblo.

Contento como la hiena que ve la presa entre sus garras subió Román la escalera que estaba un poco á la derecha de la puerta angosta; llegó á un corredor espacioso, penetró en un salón amueblado y pronto estuvo junto á la puerta de la alcoba en donde se encontraba Elena. ¡Oh! exclamó, deteniéndose; ya estoy cerca: si esta mujer se niega todavía á mis súplicas, si me niega toda esperanza; si rechaza mis proposiciones, si se resiste... le hundo este puñal en el pecho y entonces, que Dios

ó el diablo decida. Yo la amo con delirio, bien lo sabe y ella, ¡cruel! me odia con frenesí; ella me va á matar, pero yo la mataré primero; sí, el egoísmo, la ofensa; la sed de venganza, y Román alzaba amenazante sus manos crispadas. Desde mi infancia, continuó, cuando se principió á desarrollar en mí esta pasión diez mil veces desgraciada y diez mil veces maldita; este monstruo que desgarrá mis entrañas y que algunos insensatos llaman *amor*, desde entonces no descanso, sino que sufro; porque en el amor alternan el goce y el sufrimiento, y sin embargo, esta mujer aprovechando mi ausencia, se unió á mi rival, Armando, mi enemigo acérrimo; por él soy desgraciado y por ella voy á ser criminal vamos, valor. Dicho esto, empujó la puerta.

Entraba la noche, la naturaleza bañada por el tinte misterioso del crepúsculo, parecía adomercerse arrullada por los últimos cantos de las aves, por el rumor lejano del viento que bate las palmeras y las encinas, por el murmullo continuo de las fuentes al saltar sobre los guijarros, por el tañido monótono de las campanas que desde lo alto de las torres llaman á la oración y cuyas vibraciones resuenan como grito mágico, en los dédalos del mundo....

Elena rocostada en el alféizar de una ventana que daba al occidente, se había entretenido contemplando con sus hermosos ojos rasgados, el cuadro más bello que puede ofrecernos la naturaleza como obra maestra de su pincel vigoroso, en una tarde de Abril: la puesta del sol. Este, radiante de esplendor, recogiendo su melena de oro, parecía sumergirse en las ondas del Océano que en lontananza se extendía como una llanura cortada por un horizonte luminoso, y dejaba ver el perpetuo oleaje de sus aguas azules esmaltadas de espumas y reflejos de plata, en tanto las avecillas, henchidas de gozo trinaban, revoleteando aquí, saltando allá, ora apareciendo en las cumbres, ora ocultándose en el follaje.

Elena había visto á Armando internarse en el bosque y sus ojos se desviaron del paisaje para fijarse allí, tristes y húmedos, henchidos de lágrimas que muy pronto corrieron abundantes por sus mejillas; su mano caída con abandono fuera del alféizar, sostenía entre los dedos una esquila que Armando descuidadamente había dejado sobre una mesa y cuyo contenido era este:

"Armando: tu mujer te es infiel; apenas tienes un año de casado y ¡tanta infamia! Pobre amigo mío! Tengo que decirte más; espérame mañana á las 5 y media de la tarde, en la fuentequilla del bosque. No procedas sin hablar conmigo antes.

Tuyo,
Jaime."

La lectura de tal documento fué como una puñalada para Elena; ya había notado un cambio repentino en su marido y con pesar miraba el horizonte de su soñada felicidad cargado de espesos nubarrones, próximos á estallar en furiosas tempestades. Amaba á Armando y la sola idea de que éste la despreciara, la aterraba. Ella era inocente, pero su veredicto con el poder de la calumnia lo había arrasado al bosque para inculcarle nuevas infamias y arrebatárselo; púsose á examinar su conciencia para conocer el pecado merecedor de semejante castigo y sólo leyó en ella la inocencia pura como la brisa y resplandeciente como la aurora; mas ¿quién lo convencería de esta verdad? nadie, sólo Dios, el único defensor de la inocente, para quien no hay velo posible, que oculte la maldad entre sus pliegues. En él había depositado toda su confianza; él haría ver á su marido, al través de la calumnia impía de que era víctima, la limpidez de su alma; el fulgurante destello de la inocencia más pura. Había dejado de ser dichosa, aquel era su ocaso y trataba de atenuar su dolor en el dulce recuerdo de la felicidad pasada.

Triste.... melancólica como el tinte funesto del crepúsculo que contrastaba con los arreboles de la tarde, sentía su alma agitada á cada instante por agudas sensaciones emanadas del dolor y su pensamiento, incierto, confuso, aletargado, vagaba en los mares del recuerdo, cual ligero esquife abandonado al azar, en el océano sin límites.

Sin embargo, cediendo al peso de su dolor, aquella adorable cabeza coronada de rizos de seda que caían ondulantes sobre unos hombros marmóreos torneados en el taller de Praxiteles haciendo resaltar su alabastrina palidez, se reclinó muellemente sobre el brazo izquierdo; sus párpados se desplegaron poco á poco tendiéndose sobre las pupilas; su boca contraída y rígida, entreabrió sus labios descoloridos y la respiración volvióse serena y acompasada: estaba dormida.... Un suspiro, salido quizá de aquella alma lastimada la hizo estremecer y pronunció palabras incoherentes escapadas, tal vez de una conversación idílica ó de una plegaria ferviente, que en aquel ensueño elebaba al Creador.... Mas de pronto se abrió la puerta bruscamente y Elena, despertando sobresaltada, vió frente á frente á Román, el mismo que desde su infancia la perseguía con vanas pretensiones, el hijo del tahur del pueblo, el enemigo de Armando; el "Jaime", autor de semejante calumnia, el único tal vez á quien fundadamente odiaba su corazón.

—¿Ud. aquí? interrogó frotándose los ojos.

—Sí, señora, aquí me tiene á sus órdenes; supe que durante mi ausencia se había casado, y cumpliendo con un deber.... vengo á darla mi enhorabuena....

—Le agradezco muchísimo, caballero, pero vuelva Ud. cuando mi marido esté en casa.

—Imposible, señora, y dispense que la contraríe, pero mañana parto quizá para siempre del lugar y no quiero hacerlo sin haber tenido antes el honor de decirle varias cosas que nos importan á los dos.

Elena notó la amenaza que envolvían estas irónicas palabras y tuvo miedo. Pretextando no ver, llamó á Juana, la criada, para que encendiera las lámparas, pero en vista de que ésta no acudió á su llamamiento, cosa que no extrañó porque Juana acostumbraba pasar las tardes donde Julia, la vecina que vivía á un cuarto de legua de allí, encendió una vela que sostenía un candelero de plata en una mesita de noche. Animada un tanto con la luz, dijo con energía á su interlocutor:

—Le repito que vuelva cuando mi marido esté en casa.

—Pues no me voy, rugió Román, echando fuego por los ojos, he venido á vengarme.

—A vengarse? y de qué? márchese antes que Armando venga y lo arroje de aquí como merece.

—Armando? repitió aquel tigre lanzando una diabólica carcajada; Armando está en mi poder y no vendrá hasta que yo haya consumado mi venganza, sellándola con su deshonor, y cambiando el Ud. por tú, continuó: tú, la mujer á quien he amado tanto; la mujer por cuyo amor hubiera dado la sangre de mis venas, la mujer por quien obandoné la casa de mi padre para lanzarme en los brazos del destino, queriéndome librar de su contacto porque así lo querías tú, la mujer por quien he luchado cuerpo á cuerpo con el trabajo, con la miseria, con las inclemencias de la humanidad, arrojando peligros eminentes; la mujer que hoy me aborrece, que me odia, que me desprecia y por quien lleno de despecho me sumerjo en las ondas brumosas del vicio, va á ser mía ¿lo entiendes? va á ser mía. Decide, la deshonor ó el crimen.

Pero Elena, sin perder un átomo de su serenidad, y con toda la energía que caracteriza á la mujer que está dispuesta á todo por salvar su honra, exclamó con solemne entonación:

—Nunca! Jamás! eres muy miserable si atentas contra mí, y antes de satisfacer tus negros deseos, prefiero el crimen, dijo, y presentó el pecho á Román gritando ¡asesíname, asesíname! Una mano crispada se alzó, brilló un puñal en el aire y ya iba á caer, cuando Elena pensó en Armando; tuvo miedo á la muerte y con una ligereza rara saltó lejos de su verdugo y le arrojó una silla al rostro; desesperada corrió á la ventana, y el abismo envuelto en las tinieblas la horrorizó; el momento era apremiante, Román rugía de rabia cegado por la sangre que brotaba de su frente; era preciso salvarse, ¿por dónde?— la puerta estaba

atrancada y el malvado guardaba la llave en el bolsillo; luchar con él, imposible, tiene el puñal en la mano, gritar es inútil, nadie llegará, les han tendido un lazo y cayeron en él.—¡Morir! ¡qué horror! desamparada.... Ay! una esperanza, Dios, sí, El no abandona á nadie.

—Socorro! por Dios, me matan, gritó por fin Elena en el colmo de la desesperación, en que la habían sumido estos pensamientos, pero su voz se perdió en el espacio y sólo el eco, como burlándose de su angustia, contestó allá á lo lejos. Miró á todas partes como supremo esfuerzo, y un grito de alegría escapó de su garganta, cuando vió brillar en una bolsa que colgaba de la pared, el puño de un magnífico revólver que Armando se ceñía cuando iba al pueblo á sus quehaceres. Precipitose sobre el arma y empuñándola con firmeza, apuntó al infame, que la contemplaba con febril asombro, diciéndole:

—Ahora sí, véngate, miserable....

—Román sonriéndose sarcásticamente, acarició su puñal y dijo: Leona rabiosa, ¿estás dispuesta á sucumbir? sucumbirás, después violaré tu cadáver que no se resistirá, y luego, huiré al África á vivir con las fieras, puesto que soy fiera como ellas: te aborrezco y te maldigo. Dicho esto, se lanzó sobre Elena.... Una fuerte detonación resonó en aquella alcoba donde sólo los besos y palabras tiernas de amor habían hecho vibrar el aire.....

••

Mientras esto sucedía, ¿qué había sido de Armando? el desgraciado, ansioso de conocer al "Jaime", autor de aquel anónimo que publicaba su deshonor, acudió á la cita que éste le daba, cabalmente cuando le vimos desaparecer en las sombras del bosque.

Así que hubo llegado á la fuentecilla de aguas transparentes (lugar de la cita) se entretuvo viéndola correr sobre los guijarros negros, formando diminutas y bulliciosas cataratas, que vistas desde lejos parecían una gradería de cristal, y no pudo apercibirse de dos hombres que, rápidos y sin que él se diera cuenta de nada, lo agarrotaron, desapareciendo enseguida entre los árboles.

Armando, sintiéndose solo, buscó el medio de librarse de aquellas ligaduras que le oprimían tanto el cuerpo como el alma; y redobló sus esfuerzos, cuando á través del susurro de las hojas oyó una detonación.

Después de batallar un rato frotando la cuerda contra las piedras, recobró su libertad, y desesperado, loco, con el alma desgarrada por un funesto presentimiento corrió á la casa donde le esperaban mayores desgracias.

Subió los escalones saltando, y como disparado entró en la alcoba donde contempló con

asombro, un cuadro sublime á la par que aterrador.

Tendido en el suelo, un hombre se revolvió en una charca de sangre que brotaba del pecho, y caída en un sillón, pero empuñando con firmeza un revólver, estaba Elena desmayada, pálida como la muerte y más bella, más encantadora que nunca.....

Tomóla Armando entre sus brazos, y haciéndola respirar varias esencias que había en el botiquín, consiguió volverla, pero no pudo evitar la fiebre que durante ocho días, á pesar de los titánicos esfuerzos del facultativo, tuvo en peligro su vida.

Armando no se separó ni un momento del lado de la enferma y con los frecuentes delirios que ésta tuvo, pudo convencerse de la escena sangrienta ocurrida en aquella terrible noche.

¡Primera nube que cruzó el cielo azul de su felicidad en un año de matrimonio!

La justicia castigó severamente á todos los cómplices de Román, mientras éste se lamentaba en un hospital, maldiciendo su mísera venganza!

F. J. F.

Noviembre de 1893.

NOTAS.

Nuestro estimado consocio y amigo Francisco Camacho, ha tenido la desgracia de perder á su señor padre, el apreciable caballero don Adriano Camacho.

Reciba el amigo Francisco en unión de su estimable familia, nuestro más sentido pésame.

Con especial placer hemos recibido el nuevo periódico ilustrado "Notas y Letras" cuyos directores y editores son los señores Manuel Martí y Antonio Padrón.

Esta revista, elegantemente impresa y de mérito indiscutible, viene á llenar un vacío en nuestra sociedad, honrando altamente á Costa Rica.

El primer número contiene: *Al público*, por Fernando Pons; *Naufragio!* (poe-

sía) por Juan F. Ferraz; *Marcelina González*, por E. P.; *El Ajenjo*, (poesía) por Justo A. Facio; *La mujer y el arte*, por Juan Coronel; *Teoría de la música*, por Savard; *Nuestra música*, por X.; *Crónica, Anuncios*.

"El Album musical" está compuesto de "Página de Album" por A. Monestel, y la arieta de Rosa de *El Rey que rabió* del maestro Chapí.

La primera página está ilustrada con el retrato de la simpática artista costarricense, señorita Marcelina González.

Saludamos á tan importante y ameno quincenal, deseando que viva muchos años como es de esperarse, seguros como estamos del apoyo que tendrá de las personas amantes de la música y las letras para bien y honra de Costa Rica.

PERMANENTES.

La Sociedad "Los Estudiantes" dispuso por acuerdo del día 24 de Octubre del corriente año, solicitar de la benevolencia de las personas que se interesen por el adelanto de la juventud, las obras que á bien tengan para la formación de su Biblioteca.

Asimismo se hace saber á los editores ó autores de obras que quieran enviarlas, tienen derecho á un anuncio por tres meses.

La Sociedad agradecerá altamente todo obsequio, el cual puede ser dirigido á la Comisión Redactora de "El Estudiante".

A todas las personas que remitan trabajos para ser publicados en este periódico, se les avisa que no serán admitidos sin firma responsable